

843.
9.

P02244
F2
H558
v.1



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LAS HIJAS DE LA LUNA.

L.

EL CARNERO CORONADO.

En 1817 estaba situada junto al puerto la mejor posada de Redon, teniendo por muestra un carnero negro adornado con una aureola.

El Carnero Coronado era conocido en Rennes y Vannes y hasta en Nantes; era una posada excelente para toda clase de viajeros, gobernada por su propietario, maese Geraud, cocinero de muchos años de carrera.

Redon es una villa de tres mil almas situada en los confines del Loira inferior y del Ile-et-Vilaine,

á la márgen misma del rio que da su nombre á este departamento.

A pesar de su nombre romano, encierra pocos monumentos notables, rivalizando la casa del posadero con sus seis ventanas de fachada, con los edificios pertenecientes á las mas ilustres corporaciones; estaba fabricada con buenas piedras como la subprefectura y era grande como la gendarmería.

Delante de la casa y mas allá del estrecho pretil, seguian su curso las salobres y nada limpias aguas del Vilaine; durante las altas mareas llegaban bajo las ventanas de la posada los barcos caboteros.

Los sábados por la tarde ó los dias de mercado os hubiera costado no poco trabajo encontrar un sitio donde descansar en el establecimiento de maese Geraud.

Tenia la triple clientela de los marinos, granjeros y caballeros. Generalmente cuando estaban ocupadas todas las habitaciones servia de dormitorio la vasta cocina á un batallon de marineros y tratantes en ganado.

Tambien maese Geraud hacia excelentes negocios. Sin embargo de ser ya viejo, no dejaban por eso las muchachas del comercio de Redon de calcular á veces en sueños la suma á que podrian ascender sus economías; pero maese Geraud aparentaba ser enemigo del matrimonio, y como no tenia parientes, daba motivo á que todos se preguntasen

quién se aprovecharia el dia de su muerte de sus ahorros.

Era un dia de otoño sin serlo de feria ni víspera de domingo, ó lo que es lo mismo, sábado. El Carnero Coronado carecia de concurrencia ó poco menos. La ceniza estaba fria en las hornillas de la cocina, los asadores pendian de los clavos y ninguna olla hervia al fuego.

Maese Geraud podia fumar su pipa tranquilamente á la puerta de la posada. En toda ésta solo una habitacion estaba ocupada; sin embargo, eran huéspedes hijos de la casualidad á quien maese Geraud, cortés para con todo el mundo, pero sabiendo graduar su conducta, no debia la respetuosa visita que acostumbraba hacer á sus antiguos y fieles marchantes.

No se sabia de dónde habia llegado; eran dos hombres y una dama. Sus vestidos y su apariencia de cansancio parecian indicar una larga caminata á pié; pero el dueño del Carnero Coronado no tenia la menor desconfianza, creyéndolos bajo su palabra cuando le dijeron que acababan de apearse de la diligencia de Rennes.

Naturalmente su equipaje habia quedado en la administracion.

La dama, jóven por demás, llevaba un traje escesivamente modesto. A pesar del frio y humedad que se suele sentir en los dias de noviembre, llevaba un vestido de indiana que dejaba ver los finos y delicados contornos de su figura.

Un chal de tela sumamente fina y un sombrero de paja adornado de un velo, completaban su traje.

En todo éste se advertía algo que indicaba desgracia é indigencia; pero á decir verdad, la belleza de la jóven lo realizaba.

A pesar de no poder ver su rostro, se adivinaban su gracia y su belleza tras los espesos pliegues de su velo. Sin embargo de tan distinguido porte, no hubiera podido menos de sacar alguna desdeñosa deducción del sombrero de paja y del vestido de indiana un posadero de las cercanías de Paris; pero nuestro huésped estaba habituado á las económicas costumbres de las damas de las cercanías.

Sabía que en los largos caminos de Bretaña se encontraban no pocas veces condesas y marquesas vestidas de una manera muy impropia de su clase.

Uno de los hombres llevaba blusa y el otro pantalón y levita de elegante corte, pero que conservaba innumerables huellas de barro ya medio quitado.

En una palabra, esos tres viajeros no eran seguramente elegantes.

Pero el Carnero Coronado, posada principal de la villa de Redon, recibía con mucha frecuencia otros peor vestidos, aunque tenían buenos escudos de seis libras en sus bolsillos.

En Bretaña sobre todo es peligroso juzgar á las personas por las apariencias.

Eran cerca de las dos de la tarde. Nuestros via-

jeros habían sido instalados en una habitación con dos camas que daba sobre el puerto. Una lumbre de madera verde ardía en la chimenea, y mientras que una criada peinada al uso del país cubría la mesa con un mantel nada fino, el hombre de la blusa y su compañero calentaban sus piés frios y húmedos en las cenizas de la chimenea.

—No se veía á la jóven, cuyo chal y sombrero estaban colgados en la madera de una ventana; pero en los momentos de silencio oíase una respiración igual y suave detrás de las cortinas de sarga de uno de los lechos.

—¿Pongo tres cubiertos? preguntó la criada.

El hombre de la blusa abrió la boca para contestar afirmativamente; pero su compañero le cortó la palabra.

—No, dos, contestó con acento desagradable.

Luego añadió entre dientes:

—El que duerme come.

La criada salió despues de haber recibido la órden de que avivara la comida.

Nuestros dos viajeros, á pesar de la diferencia de sus trajes, parecían estar bajo el pié de la mas perfecta igualdad. Considerándolos detenidamente hubiera podido conocerse en el que llevaba el traje de obrero una especie de deferencia combatida.

Ambos eran jóvenes y bastante buenos mozos.

El de la levita, que se llamaba Blas, era un hombre de mediano aspecto, provisto de anchas espal-

das, y enseñaba cuando reía dos filas de dientes blancos como el marfil.

Tenia la fisonomía abultada, de cabellos rubios pero excesivamente rizados. El carácter de su fisonomía era una jovialidad un poco brutal que revelaba en aquel momento bajo una nube de mal humor no equívoco.

Los buenos amigos de Blas ignoraban al parecer su apellido, porque para distinguirlo del comun de los Blases le habían puesto el sobrenombre de *Zalamero*.

El otro podría contar veinticinco años, lo que no le impedía tener en su posada cinco ó seis novelas de algun interés. Los que le conocían íntimamente le sabían varios nombres; entonces se llamaba Roberto, conocido por el *Americano*.

Era algo mas pequeño de estatura que su compañero y sus miembros no tenían la misma apariencia de vigor; pero su figura era bastante elegante y la soltura de sus movimientos no excluía la fuerza.

Era de facciones muy marcadas, de frente ancha y cubierta de un bosque de cabellos negros respirando la voluntad; advertíase cierto poder en el atrevido dibujo de su carnosos labio, que resaltaba rojo como la sangre.

Al verle cuando tenía caídos los párpados, se le hubiera tomado por uno de esos espíritus robustos, audaces é infatigables que buscan la lucha y se lanzan en medio de los mayores peligros. Hubiérase admirado la forma ovalada de su rostro y esa ar-

diente palidez de sus mejillas bajo la cual se escondían músculos de acero. Pero si abría los ojos cambiaba el carácter de su fisonomía como por encanto. Había en su mirada, que no sabía fijarse, una agitación nerviosa é inquieta. Era algo de extraño y penoso; grandes pupilas negras incesantemente en movimiento, dirigían á todas partes agudas ojeadas, maniobrando como la punta de una espada que procura buscar la parada.

Esto sucedía cuando Roberto estaba fuera de guardia y se creía al abrigo de toda investigación curiosa, porque Roberto aprovechaba el axioma de la fisonomía antigua; conocíase á sí mismo sin ignorar el mas pequeño de sus defectos. Repetidas veces había hecho sus pruebas durante su vida, pudiendo desfigurarse en caso de necesidad tan bien como un cómico de mérito.

Estaban uno en frente de otro á los lados de la chimenea mirando humear la leña verde y abismados en reflexiones que no parecían muy alegres.

—Maldite viaje, dijo de pronto Blas dando una patada en la chimenea; tú, Roberto, has tenido la original idea de venir á este país de lobos.

Roberto tomó las macizas tenazas, restableciendo la simetría del fuego.

—La idea puede ser mala, replicó, lo mismo que puede ser buena. Esa no es una razon para quemar nuestro único par de botas.

En efecto, en el calzado de nuestros dos viajeros había la misma diferencia que en el resto de su tra-

je. Roberto llevaba gruesos y claveteados zapatos, mientras que Blas, llamado el *Zalamero*, llevaba unas botas en bastante buen estado.

Este último dió con el tacon en el suelo.

—Me haces mucha gracia, murmuró arqueando sus espesas cejas rubias, cuando te oigo hablar así, Roberto.... Decir que hace mas de un mes que corremos á tontas y á locas buscando siempre el país en que llueven los doblones del cielo! En Paris al menos se ganaba uno la vida con Bibandier.

—Mala sociedad, interrumpió Roberto, que permanecía con los ojos bajos en actitud de sentimiento y reflexion; Bibandier está ahora á la sombra.

—Pero allí se come, contestó Blas.

El Americano levantó sus ojos hácia él, dirigiéndole una mirada penetrante; encontráronse las de ambos y Blas volvió la cabeza, encogiéndose de hombros.

—Sí, sí, añadió en voz alta; tienes el aire de un endemoniado, y por eso te he seguido; pero ya veo que sabes tanto como todos! ¡Henos aquí al fin de nuestro viaje!.... ¿Qué has hecho durante seis semanas?

—¡He procuradol.... comenzó Roberto.

—¡Bahl dijo el hombre rubio; mientras vivas estarás siempre procurando.... Pues yo no gusto de las personas que carecen de ideas; con ellas no se saca mas que una cosa, que le aprieten á uno el pescuezo.

Roberto dirigió sus miradas á la chimenea, don-

de comenzaba á alumbrar una llama rojiza que se destacaba del humo.

—Sin embargo, dijo, tengo una idea.

El *Zalamero* hizo como que no habia entendido.

—Voy á decirte todo lo que has hecho, replicó; impedirme que trabajara siempre que queria.

—¡Miserias! dijo el Americano con desprecio;

—Siempre me has impelido hácia adelante, prosiguió Blas, mostrándome al término del viaje no sé qué quimera que yo hice la tontería de creer.

—¡Paciencial!

—Paciencial pero henos ahora á mas de cien leguas de Paris, con un solo traje para dos y algunos francos por todo capital.

—Siete francos sesenta céntimos, interrumpió el Americano, que contó en el hueco de la mano lo que contenia su bolsillo.

—Y para complemento, prosiguió Blas, cuya cólera iba dejando paso á la tristeza.... una muchachuela que nos sigue á todas partes....y que come.

Roberto depositó otra vez el dinero en el bolsillo y agitáronse con rapidez sus párpados.

—¡Es muy bella!

—¿Y para qué nos va á servir?

El Americano dirigió una mirada hácia el lecho cuyas cortinas de sarga ocultaban á su compañera de viaje.

Luego, tomando un ademan de misteriosa importancia, contestó:

—Para todo.

Blas colocó los codos sobre las rodillas, respondiendo solo con un gesto de enojosa fatiga.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Roberto, atento y entregado á sus reflexiones, parecía acariciar un pensamiento querido.

Al cabo de dos ó tres minutos un buen olor de cocina subió del piso bajo, y filtrándose por las rendijas de la puerta fué á embalsamar la atmósfera de la estancia.

El Zalamero se irguió, aspirando una buena parte de aquel aire, lleno de promesas. Hincháronse sus narices y asomó á sus labios una risa por demás satisfactoria.

—¡Al diablo! exclamó casi con alegría; ya tendremos tiempo de batirnos despues de habernos comido los siete francos.... Ayúdame á acercar la mesa, Roberto. Vamos á trincar otra vez, aquí, á lo caliente y como buenos camaradas.

El Americano hizo el mismo caso de esa alegría repentina que antes de la cólera de Blas. Prestó su ayuda sin decir palabra, y la mesa fué acercada hasta casi tocar con la chimenea.

La criada entraba en aquel momento con una magnífica fuente y una pierna de carnero asada.

Nuestros dos compañeros se sentaron uno enfrente de otro, y durante un largo cuarto de hora dió su boca paso á muy escasas palabras. Eran dos soberbios gastrónomos. Blas sobre todo, engullia con un entusiasmo digno de todo elogio.

La fuente quedó bien pronto sin la menor señal de haber contenido carne alguna, y las botellas de vino nantés, que se bebían como sidra, corrieron la misma suerte.

Solo quedaba sobre la mesa un soberbio hueso mas limpio de lo regular, con un trozo de queso muy pequeño por cierto.

Blas alargó el brazo para coger esta última presa; pero encontró la mano de Roberto, que parecía querer defender el plato.

—Partiremos, dijo riendo.

—No es para mí, dijo el Americano. Lola no ha comido desde ayer.

El rostro de Blas se oscureció.

—¡Lola, Lola! murmuró entre dientes.

Luego añadió alto:

—Roberto, eres como esos imbéciles mendigos que no almuerzan para guardar un pedazo de pan á su lazarrillo; pero esta vez te has retardado mucho en hacerlo; debías haber economizado tu parte.

El Americano dirigió una mirada terrible, pero retiró su mano.

—No tienes corazon, murmuró.

—Tengo hambre.

Vació en el vaso de su compañero el resto de la última botella y golpeó la mesa con estrépito.

—¡Mas vino! gritó á la criada, que acudió.... ¡tabaco y pipas!

Algunos segundos despues solo se podia ver á través de una nube de humo. Blas estaba en un

estado de beatitud incomparable; no pensaba ni en el pasado ni en el porvenir. El mismo Roberto había sufrido evidentemente la influencia feliz de la abundante cena que acababa de tomar despues de una prolongada abstinencia; su rostro espresaba el bienestar y el reposo, pero aparentaba continuar reflexionando.

—¿Me guardas todavía rencor? preguntó el Zalamero.

—¿Por qué?

—Por Lola.

—No.

—¡En buen hora!... Mira, Roberto; si supiera que estabas enamorado te habria de hacer algunas malas pasadas. Pero conozco que eres incapaz de enamorarte!

Roberto, que acababa de dejar su pipa, miraba maquinalmente las líneas impresas en el papel que contenia el tabaco.

De pronto brillaron sus ojos y al mismo tiempo aparecieron algunas arrugas en su frente.

—¡Este va á ser nuestro negociol... murmuró.

En lugar de responder á la muda pregunta que le dirigia la mirada de Blas, añadió:

—¡Cinco mil francos de contribuciones directas!... ¡Esto representa cuarenta mil libras de renta! ¿No es así, Zalamero?

—Con corta diferencia.

—Cuarenta mil libras de renta en bienes inmue

bles.... Tú, que has sido empleado, Blas, dime qué capital puede formar esto.

—Segun el país.

—En Bretaña.... aquí.... en las cercanías de Redon.

Blas contó por los dedos; estaba de humor de prestarse á cuanto de él se quisiese exigir.

—Aquí, replicó, no se puede calcular bien porque se necesitan muchas fanegas de tierra para producir mil francos de renta.... Deben ser unos quinientos mil francos.

Roberto se agitó en la silla y sus ojos brillaron mas.

Vertió el tabaco sobre el mantel y desdobló el cucurucho con objeto de poder leer mejor.

Hubiérase dicho que los líneas trazadas en aquel papel tenian algun misterio; tan visible era la emocion del Americano!

Sin embargo, el Americano leia lentamente y á media voz:

“René Carlos Julian Le Tixier, vizconde de Penhoel, propietario, por su casa de Penhoel y renta trescientos cincuenta francos, por su vacada de la Lande-Triste setenta y cuatro francos, por su posesion de Pont-Corbeau ciento cincuenta francos, por los ganados de Pre-Neuf, junto con los bosques de Fontaine, cien francos.”

—¿Te diviertes? interrumpió el Zalamero.

“Por la casa llamada del primogénito, prosiguió

Roberto, cada vez mas asorto en su lectura, y los molinos de las Houssayes, ciento veinticinco francos, por el pequeño Penhoel con el arbolado de Quintana....”

Blas bostezó; luego se puso á silbar una cancion báquica.

Roberto interrumpió su lectura, poniéndose á contemplar el papel con el mas profundo éxtasis.

—Decir que yo tenia la idea, murmuró apoyando un dedo sobre su frente, ¡y que me viene esto á las manos!....

—¡El hecho es que es como llovido del cielo! replicó Blas; tenemos siete francos y no sé cuántos céntimos; si compramos el castillo de Penhoel, los molinos de los Houssayes, la cerca de no sé cuántos y la arboleda de la Pindonga....

Roberto le miró fijamente, moviendo la cabeza con aire sério.

—No me rio yo, dijo.

—¡Pardiez, lo creo!

—¡Tengo una idea!

Blas hizo un gesto.

—Escucha, replicó el Americano acercando su silla y con tono tan formal, que hizo perder la risa burlona al rubio.... No tenemos dinero con que continuar nuestro viaje ni con que volvernos atrás, por lo que nos vemos obligados á establecernos aquí!

—No desearia yo otra cosa, dijo Blas.

—No me interrumpas.... Paris es bueno para las locuras, y los viajes son convenientes á la gente jóven. Pero he aquí, amigo Blas, que tú no lo eres ya, y que yo soy mas viejo de lo que real y efectivamente soy.

—De lo que se debe deducir, murmuró el Zalameiro, que será preciso que nos hagamos para bien nuestro honrados y pacíficos provincianos, que paguen grandes contribuciones.... Soy de tu opinion.

—Te digo que me dejes proseguir. Hemos venido a Bretaña confiando en su reputacion de buena fe antigua y leal hospitalidad. Antes confieso que miraba este país como la verdadera tierra prometida.... luego perdí algunas de mis ilusiones..... pero en suma, si nada hemos ganado es porque tambien hemos arriesgado nada.... Yo esperaba una ocasion, buscaba.... éramos sumamente ricos.... Hoy nos encontramos en esa escelente situacion que gana todas las batallas; es preciso vencer ó morir.

Y levantó el trozo del recibo de las contribuciones por cima de su cabeza.

—¡He aquí el precio de la victoria! esclamó con verdadero entusiasmo. El total es de cinco mil francos, lo que segun tu propio cálculo da cuarenta mil libras de renta, ó sean quinientos mil escudos de capital.... ¡Pues bien!.... por muy mal que salga no puede quedar reducido á la mitad.

El vinillo nantés no abunda en principios alco-

hólicos; pero nuestros dos viajeros habían bebido una cantidad mas que considerable. Blas estaba encarnado como una cereza y parecía que el rostro del mismo Roberto quería dar paso á la sangre.

Blas se puso á reir á la conclusion del discurso de su hermano de aventuras; pero bajo aquella risa, que ya no era de burla ni mofa, dejábase ver una vaga y secreta esperanza.

Ya lo hemos dicho; Roberto aunque joven tenía hechas sus pruebas.

—Me contento con la mitad, dijo Blas.

—¡El azar es el mas poderoso de todos los dioses! replicó Roberto. . . . y veo un buen augurio en este papel que me acaba de llover del cielo. . . . ¿Quieres partir las ganancias?

El Zalamero dudó un instante porque conservaba aún una buena dosis de incredulidad.

—Decidete, prosiguió Roberto; en caso de necesidad puedo pasarme sin tu compañía. . . . y francamente, si no fuera duro y peligroso. . . . abandonar así á un buen compañero como tú, me agradaría probar fortuna solo.

Blas acercó á su vez la silla.

—¡Veamos cuál es tu ideal dijo deponiendo de una vez su burlona é incrédula sonrisa.

—¿Aceptas?

—¡Cuando me espliques!

—¡Sí ó no! ¿Aceptas?

—Acepto.

—¡Toca esos cinco! dijo el Americano, cuya in-

quieta mirada recobró de pronto una fijeza resuelta. . . . y desgraciado del que renuncié!

Se levantó y fué á abrir la puerta de la habitación para ver si por casualidad estaba algun oido indiscreto y curioso escuchándole.

Nadie habia en el corredor.

Al volver hácia la chimenea se detuvo delante del lecho donde reposaba su compañera de viaje y separó suavemente la colgadura.

El día, penetrando por aquel hueco, iluminó un rostro de mujer encantador.

Era su fisonomía de una regularidad perfecta, pero sus facciones, fatigadas y pálidas, tenían como un velo de silenciosa frialdad.

Quizá fuera efecto del sufrimiento ó del sueño.

Lola dormia profundamente. Su frente y mejillas estaban cubiertas de los pródigos bucles de una cabellera negra y desordenada.

Lola se habia echado en la cama vestida. Conservaba la posición que su estremada fatiga le habia aconsejado en el momento de llegar. Apoyábase su cabeza sobre el brazo: todo su cuerpo estaba en un abandono ávido de reposo. La desgastada tela de su traje dibujaba sus perfectas y jóvenes formas como esos indiscretos paños que el estatuario coloca sobre una figura desnuda.

Roberto tenía razon: era muy bella.

Contemplóla un momento en medio de su profundo sueño; luego dejó caer la colgadura de sarga.

Una sonrisa de satisfacción vagó por sus labios.

El Zalamero esperaba; sus ojos manifestaban una curiosidad impaciente.

Roberto volvió á ocupar su sitio cerca del fuego, llenando los dos vasos hasta los bordes.



Roberto volvió á ocupar su sitio cerca del fuego, llenando los dos vasos hasta los bordes.

II.

UNA BLUSA COMUN.

ROBERTO calló por un momento.

—Escucha bien lo que digo, exclamó con tono frío y saboreando el vino de Nantes á pequeños tragos. Aquí hay un jóven rico y de buena casa que viaja con su criado.

—¿Dónde? preguntó Blas, cuya mirada recorrió ingenuamente toda la estancia.

—No te molestes en buscarlo, replicó el Americano. El jóven rico y su criado somos tú y yo.

—Ah! exclamó el Zalamero, cuya boca permaneció entreabierta.

—No tenemos mas que un traje, prosiguió Rober-